Imprimir

Con una racha de victorias electorales, una atención mediática incesante y un cambio en la opinión pública, la suerte de la izquierda estadounidense por fin está empezando a cambiar.Confieso que me he sentido, por decirlo en términos británicos, algo *chuffed* (satisfecho, orgulloso) al leer titulares en periódicos y revistas como los siguientes:

- El socialismo está aquí, y va en serio
- Cómo los socialistas democráticos están revolucionando las elecciones de mitad de legislatura
- Un pequeño grupo de socialistas está sembrando el pánico en el Partido Demócrata
- Cómo cambió el socialismo estadounidense y irrumpió en el Partido Demócrata
- Los socialistas democráticos estadounidenses están viviendo el verano de sus vidas

Y así sucesivamente. El *Washington Post* informa de que «para los líderes del movimiento socialista democrático del país, 2026 ha sido un año de éxitos que superan con creces todo lo que se habían atrevido a esperar». Hay reportajes sobre Hasan Piker en revistas de moda como *Rolling Stone.* Zohran Mamdani aparece en la portada de TIME. Fox News está enloqueciendo a diario, recitando la agenda socialista radical y, a menudo, haciendo que acabe sonando bastante atractiva. El número de afiliados a los Socialistas Democráticos de América (DSA) se ha disparado hasta superar los 120 000, lo que significa que ahora cuenta con más miembros que los que tenía el Partido Socialista original de principios del siglo XX en el momento álgido de su éxito, en la época de Eugene Debs.

Como editor de una revista socialista, me ha encantado ver cómo se desarrollaba todo esto, sobre todo porque nos ha costado mucho tiempo llegar hasta aquí. Ser de izquierdas en Estados Unidos ha significado perder una y otra vez, volver a intentarlo y volver a perder, y esperar que algún día, si sigues insistiendo lo suficiente, tus ideas acaben calando, cobren impulso y algo empiece por fin a cambiar. Y tengo que decir que hubo momentos (como cuando Donald Trump fue elegido por *segunda* vez) en los que fue difícil mantener esa fe. Pero por fin empieza a parecer que todo el esfuerzo ha merecido la pena.

En la época de Occupy Wall Street, un acontecimiento crucial para los izquierdistas de mi

generación, la izquierda todavía andaba un poco a tientas, sin saber muy bien cómo convertir un sentimiento general de insatisfacción con la estructura económica del país en un conjunto claro de ideas, un programa y una estrategia para cambiar realmente algo. Los manifestantes ocupaban espacios públicos, furiosos por la magnitud de la brecha entre el 99 % y el 1 %, pero, como es bien sabido, el movimiento carecía de reivindicaciones y de líderes. No presentó candidatos a cargos electos.

En los años transcurridos desde entonces, la izquierda ha pasado de ser una fuerza difusa a convertirse en una fuerza profesional, seria y estratégica. La revista *Jacobin,* fundada en la época de Occupy, supuso una novedad en la literatura socialista: bien diseñada, bien editada y con artículos que defendían las ideas socialistas de forma clara y eficaz. La campaña presidencial de Bernie Sanders de 2016, por supuesto, fue transformadora. Bernie demostró cómo una campaña socialista democrática, construida en torno a un conjunto claro de reivindicaciones tangibles —ambiciosas, pero dentro de lo plausible (ampliar Medicare para que cubra a todo el mundo, subir el salario mínimo a 15 dólares, eliminar las tasas universitarias, abandonar progresivamente los combustibles fósiles)—, podía entusiasmar a la gente y organizarse de forma eficaz, hasta el punto de llegar a ser competitiva a nivel nacional frente al candidato demócrata del «establishment». La candidatura de Sanders terminó en derrota, pero asustó muchísimo a muchos de los líderes del partido, al ganar 23 primarias y el 43 % de los votos.

Además, muchas personas que votaron por Hillary Clinton afirmaron que consideraban que ella era la candidata con más posibilidades de imponerse en unas elecciones generales. Cuando acabó perdiendo frente a Donald Trump, se confirmaron muchos de los argumentos que Sanders había estado esgrimiendo sobre el fracaso de los demócratas centristas y proempresariales a la hora de ofrecer una política que resultara atractiva para los estadounidenses de a pie. Algunos demócratas empezaron a parecerse más a Bernie Sanders tras su derrota.

Tras la elección de Donald Trump en 2016, el número de afiliados a la DSA se disparó. He entrevistado a muchas personas que se unieron al grupo en aquella época, y el descontento

con el Partido Demócrata, junto con la convicción de que Sanders había dado en el clavo, fue un factor de enorme importancia para impulsarlas hacia el movimiento socialista. Por supuesto, hubo mucha gente que llegó al socialismo a la manera «tradicional»: al ver cómo los empresarios explotaban a los trabajadores, al leer algunas páginas de Eugene Debs o Karl Marx, y al llegar a comprender la *lucha de clases* como el marco más importante para entender cómo funciona el mundo. Pero hubo muchos otros que simplemente vieron que Sanders y la DSA eran las únicas facciones políticas de EE. UU. a las que realmente parecía importarles un comino los problemas más acuciantes de nuestro tiempo. Los socialistas ganan «porque escuchan a la gente,», como decía un reciente artículo de opinión del *New York Times*.

Una de las razones por las que los socialistas y quienes pertenecen a la izquierda no socialista (por ejemplo, Abdul El-Sayed) tuvieron una gran oportunidad política es que el Partido Demócrata mayoritario ha sido, objetivamente, pésimo a la hora de estar a la altura del momento político durante los últimos diez años. Si pierdes unas elecciones frente a Donald Trump, un estafador, mentiroso compulsivo, maltratador de mujeres y charlatán, es que no sabes hacer tu trabajo. Hillary Clinton no logró detener a Trump porque fue totalmente incapaz de convencer a los estadounidenses de que quería ser presidenta porque tenía planes para hacer frente a las crisis a las que se enfrentaban, y no simplemente porque se sintiera con derecho a ocupar el cargo. Cuando los demócratas lograron llegar al poder por los pelos en 2020 —Joe Biden se hizo con el cargo por los pelos, incluso después de que Trump hubiera gestionado una respuesta catastrófica a la COVID-19 que provocó cientos de miles de muertes—, tenían un presidente que estaba claramente en declive y que era incapaz de comunicarse de forma eficaz. Biden tuvo que evitar las apariciones en los medios de comunicación y, a medida que el coste de la vida seguía aumentando y la gente no veía grandes cambios en sus vidas, su administración tomó la desastrosa decisión de culpar a los medios de comunicación del descontento de la gente. «Tu vida va mejor de lo que crees» es un mensaje político terrible.

No es el mensaje que han ofrecido los socialistas. El programa de la DSA se llama «¡Los trabajadores se merecen más!». Los socialistas lideran afirmando que todas las personas

tienen ciertos derechos fundamentales: tenemos derecho a un trabajo digno y bien remunerado, en el que no se nos explote ni se abuse de nosotros; tenemos derecho a una alimentación buena y saludable, a una educación pública de calidad y a una asistencia sanitaria básica. Tenemos derecho a buenas carreteras, a un buen transporte público y a unas elecciones justas que no sean compradas por multimillonarios. Tenemos derecho a que el dinero de nuestros impuestos se destine a construir parques y bibliotecas, no a librar guerras a las que se opone la mayoría de los estadounidenses. Para los socialistas, estos derechos no son negociables. Si una sociedad no los cumple, para todos y cada uno de los individuos, entonces está fallando.

Y dado que todo el mundo puede ver que estos derechos *no* se están cumpliendo para todos, los Estados Unidos del siglo XXI están incumpliendo sus obligaciones básicas y, por lo tanto, es necesario que se produzcan cambios políticos y económicos importantes.

Este es el argumento que esgrimen los socialistas. Es sólido y convincente, porque es cierto. Y los socialistas no solo presentan argumentos en contra de la situación actual, sino que también proponen planes para mejorarla. Bernie se presentó a las elecciones con la propuesta de «Medicare para todos», no porque sea el plan más «socialista» que se pueda imaginar (no nacionaliza la sanidad, como en el Reino Unido, sino que solo nacionaliza el sistema de seguros), sino porque es una forma específica de abordar las frustraciones que la gente tiene con su asistencia sanitaria, concretamente que gastan demasiado dinero en ella. Nuestro sistema sanitario es increíblemente cruel. Conozco a alguien que está de luto por su cónyuge, fallecido recientemente, y que se siente doblemente abrumada al tener que hacer frente a las exorbitantes facturas médicas por su atención que ahora están llegando. ¿Cargar a la gente con decenas de miles de dólares en gastos en su peor momento? Eso es enfermizo y retorcido. Y lo peor de todo es que sabemos que no tiene por qué ser así, porque *no es* así en muchos países. (En el Reino Unido, cuando vas al hospital, simplemente *vas al hospital*, y no te llega ninguna factura ni tienes que preocuparte de si tu seguro va a cubrir algo. El único problema allí es que décadas de gestión neoliberal no han logrado dotar al sistema de la financiación y el personal adecuados).

Los socialistas son los que piensan: «Vale, tenemos un montón de problemas a los que se enfrenta la gente, ¿qué podemos hacer al respecto?». Fíjate en Zohran Mamdani en la ciudad de Nueva York. Su campaña se centró de forma precisa en las cosas que más importaban a la gente: los costes exorbitantes del alquiler, el cuidado infantil y la compra, y la velocidad de los autobuses. Desde su cargo, se ha centrado ante todo en ofrecer resultados que la gente vea y sienta de inmediato, ya sea retirando andamios antiestéticos, rellenando rápidamente los baches o ampliando la atención infantil gratuita. Como dice Kyle Kulinski: «Lo que Zohran está haciendo es recordar a la gente que el Gobierno tiene la capacidad de mejorar su vida».

Ahora podrías decir: «Bueno, pero los demócratas siempre han dicho que debería haber una sanidad asequible y un buen Gobierno, y que hay que abordar la crisis climática». Si los socialistas se limitan a decir «deberíamos formular políticas para abordar los principales problemas sociales», ¿en qué se diferencian de los demócratas mayoritarios? Aquí es donde resulta importante reconocer hasta qué punto los políticos demócratas mayoritarios han estado diciendo, de forma absoluta y completa, un montón de tonterías. Tomemos, por ejemplo, la sanidad. El logro legislativo más destacado de Barack Obama fue algo llamado la «Ley de Asistencia Asequible» (Affordable Care Act). Por si no te habías dado cuenta, no hizo que la sanidad fuera asequible. Esto no quiere decir que no sirviera para nada. Ayudó a muchas personas a conseguir un seguro médico que, de otro modo, no habrían tenido. Pero no solucionó los problemas fundamentales del sistema. «Medicare para todos» es un esfuerzo por *solucionar* realmente lo que está mal, eliminando por completo los seguros médicos privados con ánimo de lucro y, con ellos, las primas, los copagos y las franquicias, lo que ahorraría a una familia media miles en asistencia sanitaria cada año.

En todos los temas, los demócratas han hablado sin cesar de la clase media, pero luego sus propuestas son débiles en lugar de transformadoras, como la infame propuesta de Kamala Harris de un «programa de condonación de la deuda de los préstamos estudiantiles para los beneficiarios de las becas Pell que pongan en marcha un negocio que funcione durante tres años en comunidades desfavorecidas». Todo el mundo sabe que la «economía de oportunidades» de Harris no valdría prácticamente nada una vez que se hubiera diluido en el Congreso. La gente está harta de soluciones falsas que en realidad no cambian nada, y los

socialistas están pensando con audacia en cómo marcar *diferencias significativas* en la vida de las personas. La universidad gratuita es significativa de una forma en la que «quizá tu enorme montaña de deuda se reduzca al cabo de 20 años» no lo es.

Gustavo Gordillo, líder de la DSA de Nueva York, afirma que «lo que más atrae a la gente a la DSA es que no quieren sentirse impotentes, que es como la mayoría de los miembros responden a la realidad económica… Les motiva la lucha económica». Esta es también la razón por la que las cúpulas de los dos grandes partidos han sido incapaces de frenar el auge de los socialistas. Los dos partidos están, en el caso de los republicanos, totalmente comprometidos con un capitalismo clientelar corrupto, o, en el caso de los demócratas, comprometidos con el neoliberalismo y el incrementalismo que nunca introduce cambios fundamentales; en otras palabras, es la elección entre que los problemas sigan empeorando o que mejoren *extremadamente* lentamente, de formas que apenas se notan.

Los socialistas dicen: ya basta. Este es un país rico con recursos para cuidar de todo el mundo. No hay excusa para que haya gente sin hogar, ni para que haya gente ahogada en deudas estudiantiles y facturas médicas. Y los socialistas seguirán teniendo éxito porque ni los republicanos ni los demócratas del establishment tienen nada más que *tonterías* que ofrecer como respuesta a esto. Los republicanos se limitan a repetir los cánticos de siempre sobre cómo el glorioso libre mercado nos proporcionará todo lo necesario si realmente le dejamos actuar a su antojo, y los demócratas centristas se inventan nuevos eslóganes como «Economía de las Oportunidades» que en realidad no significan nada. Y eso sin mencionar su espectacular fracaso a la hora de contrarrestar eficazmente a Donald Trump. James Carville, quien allá por los años 90 fue el hombre que dijo «es la economía, estúpido», sugirió literalmente que la mejor manera de enfrentarse a Trump era darse la vuelta y hacerse el muerto. Si quieres entender por qué están ganando los socialistas, es porque este es el nivel de pensamiento estratégico que ofrecen las mejores mentes del ala centrista del Partido Demócrata.

Así que se podría decir que los socialistas de hoy en día son, sencillamente, «el partido que se toma los problemas en serio y aplica soluciones». Y, en ese caso, se podría pensar que los

socialistas no son más que expertos en política; sin duda, muchos en la administración de Mamdani parecen preocuparse tanto por la normativa sobre andamios y las licencias de los food trucks como por los medios de producción. «Eso no es socialismo de verdad», oiremos decir. Pero los socialistas siguen tan arraigados en el análisis de clases como siempre lo han estado. Los socialistas difieren en cómo sería una sociedad «plenamente socialista» (algunos, como los autores del nuevo libro *The Blueprint*, piensan que el capitalismo puede abolirse conservando el intercambio de mercado, mientras que otros, como yo mismo, creen que es concebible una sociedad plenamente «desmercantilizada» en la que el dinero simplemente no desempeñe ningún papel en la vida cotidiana). Pero todos los socialistas imaginan el fin de una sociedad en la que unas personas tienen miles de millones de dólares y otras no tienen nada. Quieren acabar con el capitalismo, lo que significa que piensan que, como mínimo, las grandes empresas deberían ser de propiedad pública o de sus trabajadores, en lugar de pertenecer a capitalistas adinerados. (Esto no implica necesariamente el fin de todas las diferencias de ingresos, sino una reducción significativa de las desigualdades respecto a la situación actual, en la que los directores generales suelen ganar cientos de veces más que el trabajador de a pie).

Llevo diez años en mi puesto, haciendo todo lo posible por servir al movimiento socialista de la mejor manera que puedo, creando una organización mediática independiente que promueva nuestras ideas y refute las terribles propuestas de liberales y conservadores. A menudo ha sido una vida bastante solitaria, llena de trabajo incesante hacia un objetivo que muchas veces parece que nunca se alcanzará. Pero también ha sido inmensamente gratificante ver a toda esa gente decente, inteligente y solidaria que se ha «radicalizado» hasta aceptar la idea de que tenemos la obligación de luchar por aquellos a quienes no conocemos, y que aceptan la famosa máxima de Eugene Debs: «Mientras haya una clase baja, yo estoy en ella; mientras haya un elemento criminal, yo formo parte de él; y mientras haya un alma en prisión, yo no soy libre».

Lo que no entienden quienes siembran el miedo sobre el socialismo es que el movimiento socialista estadounidense está repleto de algunas de las mejores personas que hay entre nosotros. Los jóvenes que salieron a apoyar a Mamdani son precisamente lo que los

conservadores dicen querer: son trabajadores y se preocupan por sus comunidades. Los socialistas que he conocido a través de este trabajo son personas que no se conforman con llevar una vida egoísta en la que pasan todo su tiempo libre desplazándose sin pensar por las redes sociales en busca de noticias alarmistas, apostando en mercados de predicción o aislándose de sus comunidades. En cambio, se dejan la piel intentando conseguir asistencia sanitaria para otras personas o proteger a sus vecinos inmigrantes.

Lo que la gente acabará comprendiendo, a medida que el movimiento socialista tenga éxito, es que este es un proyecto que puede salvar a este país. Lejos de ser una iniciativa «antiamericana», el socialismo hoy en día es un movimiento *de estadounidenses* para reparar su país, para detener la crisis climática que amenaza con destruirlo, para poner fin a las guerras que están destruyendo la estabilidad mundial, cobrándose vidas y llevándonos a la ruina, y para garantizar la dignidad en el trabajo y durante la jubilación. El momento socialista ya está aquí, y la razón por la que está aquí es que cada vez más gente comprende que los socialistas tienen sentido, que no somos unos lunáticos marginales que dan miedo, sino que somos la única facción política del país que tiene una visión clara y convincente del futuro de la humanidad. Hemos visto el grotesco punto final del pensamiento capitalista: Donald Trump, un sociópata vil y egoísta que destruiría la Tierra con tal de ganar dinero. Y nosotros respondemos con algo diferente y mejor: Mamdani, Sanders y los millones de sus seguidores que quieren un mundo de solidaridad y alegría.

Nathan James Robinson, Escritor, periodista, comentarista político y editor angloamericano. Es uno de los jóvenes intelectuales más destacados de la izquierda progresista y el socialismo democrático en Estados Unidos. Licenciado en Ciencias Políticas (B.A.) y Máster en Ciencias Políticas (M.A.) por la Universidad de Brandeis, Doctor en Derecho (J.D.) por la Facultad de Derecho de Yale y Doctor en Sociología y Política Social (Ph.D.) por la Universidad de Harvard. Fundador y editor jefe de Current Affairs.
Fuente: https://sinpermiso.info/textos/ha-llegado-el-momento-del-socialismo-en-eeuu
Foto tomada de: Prensa Comunitaria